brillos que habia esparcido Santiago sobre el emisferio Español; pero del mismo seno de las tinieblas renació una pequeña luz, que ha formado un gran luminar que no se apagará hasta la consumacion de los siglos, á pesar de todas las potestades del infierno.

Ved aquí, amados Ultramarinos, lo mucho que debeis á un Apóstol, que mereció entre todos los discípulos del Sagrado Colegio, ser el primero que anunció á las naciones el Evangelio de Jesu-Christo. Escuchadme, y vereis que tambien fué el primero que entre todos mereció derramar su sangre por la gloria de Jesu-Christo; y estoy en la segunda parte.

Santiago el mayor fué entre los Apóstoles del Sagrado Colegio el primero que mereció derramar su sangre por la gloria de Jesu-Christo.

PROPOSICION SEGUNDA.

Quando el hijo del Zebedeo fué llamado en las playas de Galilea al Sagrado Colegio de los Apóstoles, las naciones que habitaban la tierra se hallaban divididas en dos pueblos, el Judío y el Gentil, y ambos se disputaban la gloria de la primacía: el pueblo Judaico se hallaba encerrado dentro de los estrechos límites de la Palestina, el Gentil estendia su imperio á todo el universo; la idolatría era superior al Judaismo por la fuerza y terror de las armas; el Judaismo creia ser superior á la idolatría por la antigüedad y excelencia de su culto; el Judío esperaba vanamente á un Dios, á quien no

habia querido recibir; el Gentil confesaba tantos dioses quantos eran los objetos á quienes su locura atribuia la divinidad; estos dos pueblos eran enemigos declarados por politica y por religion: el Paganismo despreciaba á la sinagoga, y ésta miraba con horror al Paganismo; pero se hallaban animados de igual furor contra el Evangelio que anunciaba el Mesías prometido, y el Gentil que acusaba al Judío de ser pueblo supersticioso, convenia con él en acusar al Salvador y á sus discípulos de una nueva supersticion.

Pero ya llegó el tiempo en que todo habia de mudar de semblante: Santiago, vencedor de ambas naciones, tuvo la gloria de hacer de estos dos pueblos un solo pueblo en Jesu-Christo; su zelo sabio y prudente rompió el fatal muro de division, y formó el estrecho lazo que debia unir estas dos potencias enemigas: acometió sucesivamente á estos dos pueblos, los venció con la impetuosidad de su espíritu; y cargado con los despojos del Occidente, vuelve desde España á Jerusalen, repasa la provincia de Palestina, recorre sus antiguas conquistas, reengendra de nuevo á los Neofitos Hebreos, que antes habia formado, los aníma con saludables consejos, los conforta con sus discursos, riega y cultiva la sagrada semilla que habia sembrado antes de su venida á Europa, perfecciona con nuevos esfuerzos las conversiones que habia principiado, y comunica á aquellos Israelitas Christianos las mas sinceras resoluciones de perseverar en la observancia de la nueva ley.

¡Pero ah! los felices sucesos de Santiago despier-

tan la envidia y el furor de los magnates de la Sinagoga: impacientes de ver las extraordinarias conversiones que obraba, incitan á dos famosos Magos, Hermógenes y Fileto, para que por medio de su nigromancia obscurezcan con falsos prestigios los verdaderos milagros que hacia el Santo Apóstol: encienden al mismo tiempo la llama de la discordia; en todas partes se advierte la indignacion del público; el pueblo desenfrenado insulta al ministerio de Santiago, le persigue, le maltrata, le sacrifica á su furor, y le entrega al tirano poder de Herodes Agripa; este Príncipe sensual y ambicioso, despues de haber comprado el trono de sus padres con el favor de los Romanos, solo pensaba en conservar con la política lo que habia conseguido con sus ardides; veia, dice San Juan Chrisóstomo, que Santiago por la actividad, ardimiento y victorias de su zelo, era la columna mas firme del Evangelio, el terror y espanto del indomito Hebreo, y se aprovechó prontamente de esta ocasion para grangearse la benevolencia del pueblo, condescendiendo en su muerte.

No lo dudeis: el cruel Agripa condena al hijo del Zebedeo, por medio de un bárbaro edicto, á ser degollado en público cadalso, y la muerte de un solo hombre, acompañada de sucesos prodigiosos, estremece á toda la Sinagoga: Santiago muere en manos de un populacho amotinado, que habia perseguido á los Isaías, Jeremías, Eleázaros y Zacarías; pero tiene la gloria de ser el primero, entre todos los discípulos del Sagrado Colegio, que selló con su sangre la fé de su Soberano Maestro, y le-

vantó sobre los destrozos del Judaismo el estandarte de la Cruz; la gloria de ser el Proto-mártir entre los Apóstoles, que camina á su frente como su general, que los aníma con su exemplo, que los llama con su voz moribunda, é inspirandoles ánimo y fortaleza, se hace participante de sus futuros combates y triunfos. Santiago muere; pero este hijo del Zebedeo, caminando al lugar de su martirio, sana á los paralíticos, da vista á los ciegos, lengua á los mudos, y convierte á sus mismos verdugos á los pies del cadahalso. Santiago muere; pero este hijo del trueno halla el secreto de triunfar aun despues de muerto: su precioso cuerpo transportado prodigiosamente al Reyno mismo que habia conquistado, tiene el privilegio de sobrevivir á sus mismas cenizas: su espíritu todo entero queda perpetuamente en las Iglesias de España: este espíritu vencedor alcanza nuevas victorias contra el furor de los Nerones, Domicianos, Mezenzios y Falaris: sus inanimados huesos despiden del centro mismo de su sepulcro nuevos resplandores que disipan las densas tinieblas del arrianismo y de la heregía gótica; su sagrada tumba, mas célebre que la de los demas Apóstoles, es el alcazar donde reposa en paz la Religion Catolica plantada en los corazones Españoles.

Así sucedió, señores: su precioso cuerpo, trasladado de Oriente á Occidente en hombros de sus queridos discípulos Teodoro y Atanasio, á las margenes de Compostela, es como la torre mística de David: situada en la metrópoli de Galicia, de la que penden mil escudos impenetrables á los dar-

dos del error y de la impiedad; y aun puedo decir sin rezelo, que el sagrado cuerpo de Santiago es el mas precioso depósito que forma el capital de la gloria Española: sí amados oyentes, la posesion del sagrado cuerpo de Santiago es la mayor gloria de España; porque aunque es verdad que la península cuenta otras muchas glorias, y ha sido siempre el objeto de las pretensiones extrangeras por la opulencia de sus minas, por la benignidad de sus influencias, por la pureza de sus ayres, por la fertilidad de sus campos, y por el temple de su clima, aunque es verdad que este suelo feraz, este reyno fecundo en heroes, esta nacion ingeniosa y marcial tiene la gloria de haber dado aun en los tiempos obscuros á la Silla Pontificia los Damasos, Calixtos y Alexandros; al trono imperial los Teodosios, Arcadios, Honorios y Trajanos; á las armas los Anibales, Viriatos, Cides y Capitanes; á las ciencias los Pomponios, Columelas, Balbos y Aberroes; á la oratoria los Porcios, Sénecas, Lucanos y Galiones; y á la poesía los Canios, Sextilios, Aurelios y Marciales, partos todos de su extraordinaria fecundidad; pero la mayor gloria de la península, su timbre singular, y su blason envidiable consiste en el precioso deposito que oculta en el seno mismo de Galicia. ¿Porque quién ignora que la gloria sólida es aquella que se funda en una felicidad sin contingencias, en una dicha estable, y en una fortuna que no depende de la caducidad de los tiempos? ¿Y qué dicha mas constante, ni mas ventajosa pueden apetecer la Religion y el Estado que la que

ha disfrutado todo el reyno baxo la proteccion del sagrado cuerpo de Santiago? Ya lo he dicho; pero no importa que lo repita: Santiago, reviviendo como el fenix de sus mismas cenizas, ha propagado su espíritu marcial á sus áridos huesos, y con ellos aníma los corazones Españoles para ahuyentar á los monstruos incircuncisos que han querido agostar los frutos de su predicacion. ¿Quántas veces de las entrañas mismas de su sepulcro ha salido una virtud oculta que ha derrotado los exércitos enemigos, bañando los laureles de España con la sangre de sus injustos ofensores? ¿Quántas veces apareciendo visiblemente á los Recaredos, Pelayos, Ramiros, Alfonsos, Iñigos, Fernandos y Felipes ha restituido al acero Español su antiguo brio, encendiendo en sus pechos aquel fuego que solo se aplaca con el placer de las victorias? ¿Quántas veces renovando los gloriosos triunfos del Macabeo contra Lisias, Nicanor, Gorgias y Antiochô se ha dexado ver al frente de las tropas Españolas, y ha arrebatado de las manos del Africano los trofeos, de que ya se creia seguro poseedor? Las sangrientas derrotas de Mérida, Rioja, Monte mayor, Xerez y Coimbra serán siempre una gloriosa época para las armas de España, y en los anales del Africa serán una memoria lugubre que humille la altivez de las armas Musulmanas: las rápidas conquistas de Córdoba, Murcia, Jaen y Sevilla son otros tantos testimonios del espíritu marcial con que peleaba la península por los intereses de la Religion, protegida de su Capitan y Apóstol que comandaba sus tropas: la toma de Granada, Tarifa,

Orán, Tunez y Argel, es una prueba auténtica del valor militar que animaba á los brazos de España, y un monumento eterno que hará ver á los siglos venideros la proteccion visible de Santiago.

Es verdad que la historia, compañera del tiempo, y apologista fiel de los sucesos, nos acuerda que tambien Nápoles protegida de San Genaro supo mantener sus derechos contra los insultos del Príncipe de Salerno; que París tuvo valor para reprimir el orgullo de los Normandos, auxîliada con el favor de San Marcelo; que Módena baxo la proteccion de San Geminiano, fué preservada de la horrible tempestad de los Hunnos; que las Aguilas imperiales prevalecieron contra las banderas de Eugenio, su poderoso rival, por el socorro visible de los dos Apóstoles Juan y Felipe; pero estos triunfos transitorios, ó no fueron completos en todas sus partes, ó apenas han dexado su memoria en los siglos posteriores; al paso que las armas Españolas, precedidas de su grande Apóstol, han caminado siempre coronadas de laureles en medio de una brillante cadena de victorias, triunfos y conquistas, con que han evacuado sus dominios de la infame raza del Mahometismo, introduciendo el terror y el espanto hasta las mismas margenes del Africa, y subyugando toda aquella inmensa costa al imperio de su dominacion legislativa.

¿Y qué, la proteccion visible de Santiago se limitó solamente á contener la crueldad de la potencia Sarracena? No lo creais, su glorioso sepulcro, semejante á aquella piscina de Jerusalen, tan celebrada en los libros santos, ha sido un imán

prodigioso que ha atraido en todos los siglos numerosos concursos, no para clamar inutilmente al pie de sus aras, como la antigua Egipto ante el altar de un cocodrilo, ni como Israel ante un bezerro, sino para implorar la proteccion de un Apóstol que ha derramado sus favores á manos llenas en beneficio de su amada España. ¿Qué eloqüencia por afluente que sea, podrá expresar el número de sus gracias y maravillas? Allí vereis á unos que llegan á sus aras ansiosos como Nahaman por limpiarse de su contagiosa lepra, y sus prodigiosos huesos manan al punto el suave balsamo que cura sus dolencias: otros á manera del tullido que sanó San Pedro en el pórtico del templo, apenas pisan el pavimento de su sepulcro, quando vuelven por sus propios pies ensalzando el poder y las misericordias de su bienhechor: algunos como el ciego de Siloe alcanzan la vista con solo presentarse ante su sagrada tumba: los mudos recobran el perfecto uso de la lengua, los sordos oyen, los energúmenos se libran de la potestad infernal, las tempestades se disipan, las fiebres huyen, el contagio desaparece, la epidemia se ausenta, y no hay persona ó necesidad corporal á que no se extienda su benéfica proteccion; de modo que podemos acomodar sin violencia al famoso sepulcro de Compostela, la expresion del Profeta Rey, aplicada á la Reyna de los Angeles por San Bernardo: *Non est qui se abscondat á calore ejus.*

Pero no estrechemos los favores de nuestro esclarecido Apóstol á los cortos límites de la península: no señores. Los anales de Galicia nos en-

señan que el buen olor de sus gracias se difundió muy al principio sobre las mas altas cimas de los Alpes, Pirineos y otros montes, y los mayores personages de la christiandad se conmovieron al oir sus maravillas: de unos á otros se propagaron las noticias que habian oido anunciar á sus mayores; y se animaron reciprocamente á visitar los preciosos despojos de su sepulcro: las Brigidas de Suecia, las Isabelas de la Lusitania, los Franciscos de Asís, los Juanes de Dios, y los Bernardinos de Sena corrieron presurosos á buscar en Compostela el alivio de sus necesidades, y el consuelo de sus almas: los mismos potentados de la Europa, los Carlos de Alemania, los Duartes de Inglaterra, los Calvos de Francia, los Manueles de Portugal, los Fernandos de Castilla, los Alfonsos de Aragon, y los Ordoños de Leon, se vieron precisados á abrir sus tesoros, y cargados con las preciosidades de su pais, hincaron la rodilla delante de las sagradas cenizas del bienaventurado hijo del trueno: abatieron sus testas coronadas en presencia del heroe conquistador de las Españas: imploraron para sus reynos su apostólica proteccion; y ofrecieron reconocidos el justo tributo de las presentallas: allí suspende el Rey de Portugal Don Manuel, delante de la efigie del Santo Apóstol, una preciosa lámpara de plata con el peso de dos mil quatrocientos marcos: acá se registra un rico tabernáculo de primorosa estructura, matizado con variedad de esmeraldas, diamantes y rubíes, monumento auténtico que acuerda la real munificencia del Emperador Cárlos V. Felipe IV. y Cárlos II.: allí ofrece á los pies del sagrado cuerpo del Zebedeo, Luis XI. de Francia diez mil escudos de oro para la construccion de una hermosa torre que disputa su elevacion con las nubes, y cuya extraordinaria magnitud excede en opinion de algunos á la Giralda de Sevilla: acá penden al rededor de su sagrada tumba un sin número de lámparas de plata, padron eterno de la gratitud y reconocimiento de los Soberanos de España, Francia, Portugal y Nápoles: allá se vé un magnífico hospital que construyó el piadoso zelo de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, para domicilio de peregrinos, y alivio de sus dolencias: acá.... ¿ mas para qué me canso? Los Monarcas de la Europa han hecho servir en aquel insigne santuario, en honra del ilustre Patron de las Españas, los marmoles de la Libia, los aromas de la Arabia, las piedras preciosas del Eritreo, las exquisitas sedas de la Frigia, los ametistos y zafiros de la India, y las esmeraldas de la Scitia.

No son estos los unicos monumentos que afianzan la vigilante proteccion y beneficencia de este Santo Apostol. Los Sumos Pontífices, ansiosos de dar alguna muestra de su ternura y reconocimiento, se han explicado á favor del Santuario de Compostela con donativos dignos de su soberana magnificencia. Sixto IV., Calixto III., Alexandro VI., Benedicto XIII.; y para decirlo mas breve casi todos los Vicarios de Jesu-Christo que han gobernado la Iglesia de Dios, le han enriquecido con unas prerogativas y gracias mucho mayores que las que se ganan en los altares de Asís, en los Eremitorios de Albernia,

y en los montes Garganos: han establecido penitenciarias perpetuas con las facultades mas amplias que han dimanado de la Silla de Roma: han erigido Seminarios, han fundado por medio de los Reyes Católicos veinte Dignidades, quarenta y tres Canonicatos, y diez y ocho Racioneros, y han agregado cien Capellanes mayores, y cincuenta de varias fundaciones, las mas pingües que tiene la Europa.

Aquí pudiera yo daros otras pruebas mas positivas de la gratitud de la Iglesia de Roma, y del reconocimiento de los Monarcas de España al Santo Apóstol, si el tiempo no me intimára el silencio; ¿pero dexaré de referir lo que entra en el complemento de su elogio? ¿Me olvidaré de la famosa extravagante expedida por la Santidad de Sixto IV, en la que se reserva el voto de peregrinacion á Compostela, como uno de los mas importantes votos que puede hacer un christiano, y cuya dispensa no depende de las facultades de los Regulares, Obispos, Legados y Nuncios Apostólicos, sino de las llaves supremas del Vaticano? ¿Callaré el Jubileo plenísimo que se gana cada siete años en aquel Santuario, comparado á la visita de los Santos Lugares de Jerusalen, y de las Iglesias de Roma consagradas á los Príncipes de los Apóstoles, cuyo singular privilegio no goza ningun Santuario del mundo Christiano? ¿Me veré precisado á pasar en silencio el ilustre Orden de Caballeros establecido en la ciudad de Leon, baxo el Real Hábito de Santiago, destinguido con particulares preeminencias, y fomentado por el Rey Alfonso IX., en la ciudad y castillo de

Velez? ¿No diré cosa alguna del reconocimiento universal de toda la nacion, junta con sus piadosos Monarcas, con que ha aclamado al hijo del Zebedeo por numen tutelar y Patron especial de sus dominios, en cuyas manos se han divinizado sus heroycos hechos, y por cuya mediacion ha adquirido una doble felicidad?

¡Ah! estos monumentos de gratitud publican mejor que la eloqüencia mas artificiosa, los singulares beneficios del bienaventurado Santiago á favor de la Iglesia, y de toda la Monarquía; y al mismo tiempo son una voz muda que manifiesta la gloria accidental que ha querido Dios deparar al Apóstol de las Españas, y á un discípulo el mas amartelado del Salvador, que aunque fué posterior en la vocacion á un San Andres, en la autoridad á un San Pedro, en el favor á un San Juan, y en el Sacerdocio á Santiago el Menor; pero tuvo la gloria entre todos de ser el primero que anunció en público la ley Evangélica á las Naciones: el primero que conquistó una de las mas bellas Provincias de la Europa, y el primero que tuvo el honor de dar la vida por la defensa de Jesu-Christo, y el establecimiento de su Evangelio; dexando á la posteridad con su preciosa muerte un testimonio auténtico del amor mas intrépido que ardia en su fogoso pecho, y animando con su exemplo á innumerables confesores, prelados, solitarios y vírgenes, que despues derramaron su sangre por la misma causa.

Sí, amados oyentes, ya lo habeis oido; pero volvamoslo á decir para gloria suya: Santiago mereció entre todos los Apóstoles ser el primero, que co-

mo el Patriarca Enoch enseñó á una nacion sepultada en las tinieblas de la idolatría, á invocar el nombre del verdadero Dios; el que semejante á Noe encerró en la nueva arca de la Iglesia un Reyno que habia corrompido todos sus caminos; el que como Elías derribó los altares de los falsos Dioses, y exterminó sus ciegos adoradores; el que juntó y formó como Eliseo unos discípulos, dignos sucesores de su piedad y de su zelo; el que defendió como el Pontífice Onías á la nacion Española, y mantuvo la Monarquía con su zelo en la observancia de la divina ley; el que como Esteban entre los Diáconos, fué el primero que entre los Apóstoles bañó con su sangre las verdades del Evangelio. ¿Pues qué resta, sino que vosotros os esforceis á contribuir con vuestras buenas obras al aumento de la Religion, que este Santo Apóstol plantó en el corazon de vuestros mayores? Añadid pues, á la pureza de vuestra fé, unas virtudes que la hagan respetable á las Naciones enemigas, y que el anchuroso mar que os separa del precioso depósito de su sagrado cuerpo, no sirva de rémora que entibie en vuestras almas la religion que habeis mamado, y heredado de vuestros antepasados, como un tesoro celestial que os habia conducido el hijo del trueno de las regiones Orientales.

Y vos, grande Apóstol, ornamento singular del reyno de Galicia, y Patron universal de todos los dominios de España, recibid estos reverentes cultos que hoy os consagran vuestros devotos hijos en señal de su eterno reconocimiento: derramad sobre ellos, desde el cielo donde reynais, copiosos auxî-

lios para que conserven en sus almas la fé que plantasteis con vuestro sudor apostólico en los corazones de vuestros antiguos Españoles: renovad en especial vuestro zelo con nuestro augusto Monarca Carlos IV: haced que ningun maligno viento del Aquilon perturbe su tranquilidad: que ninguna nube obscurezca los resplandores de su claridad, para que se acredite digno sucesor de los Recaredos, Fernandos, Felipes y Carlos; prosperad toda su Real Familia, todos sus dominios católicos, y echad vuestra bendicion sobre todos sus moradores, para que haciendo frutos dignos de penitencia, os acompañen eternamente en la gloria. Amen.

SERMON V.

DE SANTA ROSA DE VITERBO.

Quæsivi sponsam mihi eam assumere, et amator factus sum formæ illius.

SAPIENT. CAP. 8.

Me resolví á tomarla por esposa, y me constituí zeloso y fiel amante de su gloria.

Si alguna vez pudiera lisongearme de haber ocupado la cátedra santa, sin el menor riesgo de defraudar vuestros deseos, sería ciertamente en este dia consagrado á la solemnidad de un objeto el